

ACERCA DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA: UN ACERCAMIENTO A LAS DIMENSIONES Y ALCANCES DE SU PROFESIONALIZACIÓN

Eje temático: **1. Medios, Tecnología y Poder**
Mesa seleccionada: **1.6 Comunicación y Política**
Título de la ponencia: **Acerca de la comunicación política: un acercamiento a las dimensiones y alcances de su profesionalización.**
Docente Expositor: **Julio Sarmiento** E-mail: **jsarmiento_032003@yahoo.com.ar**
Cargo y Universidad de procedencia: **Profesor titular de la cátedra de Planificación Comunicacional de Campañas Políticas. Licenciado en Ciencias Políticas.**
Docente Expositor: **Laura Pérez De Estéfano** E-mail: **l_perezdestefano@yahoo.com.ar**
Cargo y Universidad de procedencia: **Auxiliar docente de la Cátedra de Planificación Comunicacional de Campañas Políticas. Prof. en Letras. Facultad de Periodismo y Comunicación (UNLP)**

Resumen:

En la literatura especializada es posible encontrar dos sentidos diferenciados de la noción comunicación política. En un sentido amplio, tal concepto refiere a una dimensión constitutiva de la política, en tanto se entiende por esta última una práctica humana orientada a la producción de un orden determinado en la que se esgrimen visiones y discursos alternativos sobre el mundo social. Desde esta perspectiva, la comunicación política sería tan antigua como la política misma. En un sentido restringido, la noción de comunicación política identificaría la puesta en marcha de un conjunto de dispositivos instrumentales utilizados por los políticos y las organizaciones políticas con el fin de transmitir un mensaje orientado a influir sobre la agenda pública, o persuadir a la ciudadanía en relación con un proyecto específico. Aquí, la comunicación política sería un producto inseparable de la mediatización de las sociedades actuales, y referiría a la emergencia de un campo de saber especializado y de desarrollo profesional. Concentrándose en el último sentido, esta ponencia tiene por objetivo ubicar a la comunicación política en el proceso más amplio de profesionalización de la política. Asimismo, el trabajo presenta algunas reflexiones sobre la significación política de la profesionalización de la comunicación política y realiza una serie de propuestas en torno de la formación académico-profesional y la investigación en este campo.

ACERCA DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA: DIMENSIONES Y ALCANCES DE SU PROFESIONALIZACIÓN

1. Introducción.

Actualmente resulta un lugar común afirmar que la comunicación política constituye un campo profesional ascendente, sin embargo son pocos los trabajos que ensayan una explicación de cómo se ha llegado a este resultado. Esta ponencia aborda, pre-

cisamente, el proceso de la profesionalización de la comunicación política e intenta dar cuenta de la relación entre este fenómeno y la profesionalización de la actividad política, entendida en una dimensión más amplia. Asimismo, se presentan algunas reflexiones provisionales sobre las implicancias de la consolidación de la comunicación política como campo profesional para las democracias contemporáneas.

2. La profesionalización de la comunicación política: el juego de las interpretaciones posibles a la luz de la sociología

La constitución de un saber especializado sobre un objeto particular y el desarrollo de actividades que permiten a quienes lo detentan la obtención de medios de vida, pueden ser mencionados, desde la perspectiva de la sociología de las profesiones, como los dos parámetros que dan cuenta de la emergencia de un campo profesional.¹

Si se fija la mirada sobre la comunicación política se observa que ambos “requisitos” están presentes. En efecto, su centralidad en las sociedades democráticas² actuales ha posibilitado que un conjunto de expertos que poseen conocimientos especializados sobre comunicación, análisis del discurso, encuestas de opinión, publicidad, entre otros, encuentren oportunidades de obtención de medios de vida dedicándose a brindar servicios en tal área.

Ahora bien, ¿por qué surgen “esferas” profesionales como la que se analiza en este trabajo? Aquí, nuevamente, es posible presentar distintas respuestas recurriendo al auxilio de la sociología.

En este marco, una perspectiva marxista del problema señalaría que la constitución de nuevos campos profesionales estaría relacionada de manera inescindible con el desarrollo de las fuerza productivas materiales; desarrollo que conlleva necesariamente un incremento en la división del trabajo, que a su vez remata en un aumento de la productividad de la actividad genérica del hombre –aún bajo condiciones en las que el productor directo no es propietario de lo que produce a través de su fuerza de trabajo-. Además, esta perspectiva retomaría, siguiendo a Marx y Engels que “La burguesía no puede existir a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones

¹ Sobre tal cuestión pueden consultarse los artículos de Max Weber “La ciencia como profesión” y “La política como profesión”, compilados en *Ciencia y Política*. Véase referencia completa en la bibliografía.

² En un trabajo anterior sosteníamos que esta centralidad obedecía fundamentalmente a la conjunción de tres procesos: la extensión del régimen democrático a un número creciente de países, la profesionalización de la comunicación política y la significación de los medios de comunicación masiva en las sociedades modernas (Sarmiento et. al., 2007).

sociales [...], (y que) una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores.” (Marx y Engels, 1984:96).

En síntesis, una “explicación” marxista ubicaría el surgimiento de las profesiones al interior de un factor material objetivo como el desarrollo de las fuerzas productivas materiales y subrayaría que, bajo el capitalismo, tales esferas profesionales serían consecuencia del cambio permanente de las relaciones de producción, transformación radical que obedecería, a su vez, a la búsqueda de una extracción mayor de plusvalía. Para el caso concreto de la profesionalización de la comunicación política, esta lectura destacaría la relevancia de los nuevos soportes tecnológicos vinculados al desarrollo de los medios de comunicación de masas.

Más difícil resulta buscar conexiones entre la constitución del campo profesional de la comunicación política y la extracción de mayores cuotas de plusvalía. Aquí, tal vez, habría que seguir las enseñanzas de algunas corrientes marxistas del siglo XX que, contra el reduccionismo económico, resaltaron la importancia de los aspectos políticos, que mantendrían autonomía relativa respecto de la base material, como por ejemplo *la hegemonía* en la teoría política de Antonio Gramsci.³ Así, la profesionalización de la comunicación política tendría un anclaje material en el desarrollo de las fuerzas productivas, pero se vincularía con la complejización de la dominación política en las sociedades burguesas avanzadas.

Otra explicación del surgimiento de esferas profesionales diferenciadas puede ser propuesta siguiendo la teoría sociológica de Durkheim. Según este autor, la división del trabajo social constituye una ley natural que gobierna tanto el desarrollo de los organismos biológicos como el de las sociedades. Una lectura sociológica de la división del trabajo debería poder responder a dos cuestiones básicas: cuál es la causa de este hecho social y cuál es su función⁴. En este sentido, cabe destacar que para Durkheim la división del trabajo estaría motivada por causas sociales como el incremento demográfico y el crecimiento en la densidad de las interacciones humanas; en tanto que su función bá-

³ Sobre la crítica al economicismo y la importancia de la hegemonía en las relaciones de fuerza en Gramsci, ver Gramsci, 1997.

⁴ En efecto, en su voluntad por establecer el estatuto epistemológico de la sociología como disciplina científica, Durkheim enfatiza la importancia de la autonomía de la explicación sociológica, esto es: desde su perspectiva, explicar sociológicamente un hecho social implica identificar cuáles son sus causas (y siempre la causa de un hecho social es otro hecho social antecedente), y a qué necesidades vitales de la sociedad responde, o lo que es lo mismo, identificar su función social.

sica sería la de proporcionar las bases para la emergencia de un nuevo eje estructurante de la cohesión social: la interdependencia funcional propia de la solidaridad orgánica.

Si se aplicara el razonamiento de Durkheim a la constitución de la comunicación política como campo profesional emergente, podría sostenerse que la misma obedece a la complejización interna de las sociedades actuales, y proponerse que su función central sería la de propiciar la integración política en sociedades altamente diferenciadas.⁵

Otra lectura podría ser derivada de un enfoque sociológico del surgimiento de la modernidad. Según esta visión, la modernidad es el resultado de un proceso de secularización progresiva de la vida social, caracterizado por la constitución de esferas autónomas al interior de ella. De este modo, el arte, la política, la economía, la ciencia, etc. se habrían establecido de manera creciente como esferas independientes, separándose, en un principio, de la cosmovisión religiosa, y, luego, volviéndose relativamente autónomas entre sí.⁶ En cada una de estas esferas, sería dable observar el surgimiento de actividades profesionales.

En la dirección que venimos comentando, la profesionalización de la comunicación política podría considerarse como expresión de ese proceso de constitución de esferas diferenciadas, sólo que en este caso se trataría de la consolidación de una actividad autónoma al interior de la política misma.

Finalmente, se puede acudir a la sociología del conocimiento científico para dar una última perspectiva del surgimiento de los campos profesionales. Desde esta visión, es posible afirmar que la ciencia no procede descubriendo nuevos objetos de conocimiento, sino construyéndolos en el proceso de su desenvolvimiento. Así, el conocimiento científico genera nuevos campos de saberes específicos de manera más o menos continúa.

⁵ Forzando un poco los términos, es posible afirmar que algo similar sostienen Crespo, Moreno y Delgado (2003) cuando identifican la legitimación del sistema político y la articulación de intereses como funciones básicas de las campañas electorales, junto a la transmisión de información y a la selección de las élites gobernantes.

⁶ Aunque no necesariamente inscriptas en una lectura sobre la modernidad y los procesos de modernización, muchas concepciones teóricas contemporáneas reconocen la existencia de prácticas sociales diferenciadas según ámbitos relativamente autónomos entre sí, cada uno con su lógica específica y su particular haz de relaciones de poder. (Giddens, 1995; Bourdieu, 1990). En este sentido, Wacquant describiendo la visión de Bourdieu afirma que para éste último "...las sociedades avanzadas no son un cosmos unificado sino entidades diferenciadas y parcialmente totalizadas conformados por un conjunto de campos que se cruzan pero se autorregulan de manera creciente, cada uno con sus dominantes y sus dominados." (Bourdieu y Wacquant, 2005, p. 90).

Desde esta perspectiva, el campo de la comunicación política podría ser visto como la conjunción de saberes especializados que (re)crean un objeto: la interacción comunicativa entre actores políticos y ciudadanía.

Sea interpretada desde cualquiera de las lecturas recién ensayadas y desde sus respectivos aportes, lo cierto, como ya fue dicho anteriormente, es que, en la actualidad, la comunicación política es un campo profesional emergente que implica conocimientos especializados y un espacio para que sociólogos, politólogos, comunicadores sociales, analistas del discurso, etc. –en tanto especialistas que dominan conocimientos técnicos– encuentren oportunidades para la obtención de medios de vida.

3. “Momentos” de la profesionalización política

Aun cuando es posible encontrar en la antigüedad algunos antecedentes⁷, la profesionalización de la política es un fenómeno eminentemente moderno. En efecto, es la modernidad, con la constitución de la política como campo autónomo, la que crea las condiciones para el surgimiento de dicho fenómeno.

Al respecto, Jürgen Habermas sugiere que en el pasaje de la concepción clásica de la política, representada por el pensamiento de los filósofos griegos, a la concepción moderna se produjeron tres rupturas significativas.

En primer lugar, la ética fue escindida de la política. Así, si para Aristóteles la polis –como organización política por excelencia– proporcionaba a los hombres las condiciones para orientar la vida humana hacia la “virtud”, entendiendo por tal cosa una vida gobernada por virtudes como la justicia; para Maquiavelo la política se desvincula de la ética. Baste señalar al respecto las categorías con las cuales debía juzgarse al “príncipe”: éste no debía ser evaluado según criterios morales tales como su bondad o su capacidad para orientarse conforme a criterios de justicia; sino de acuerdo con parámetros vinculados a la eficacia demostrada en la conquista y mantenimiento del poder. Es decir, el “príncipe” sólo podía ser juzgado con criterios políticos sin resabios de tipo moral, concepción que evidencia que la política se autonomiza de la ética.

En segundo lugar, mientras para Aristóteles la política no podía fundarse en el conocimiento de invariables universales, porque su objeto –la vida diaria–, formaba parte del terreno de lo causal e inestable; para los modernos, la política debía basarse en la ciencia. Por ejemplo, la interpretación hobbesiana de la necesidad del “leviathan mo-

⁷ Por ejemplo, los funcionarios que servían al poder político dominante en virtud de poseer un saber técnico para la época como la era, en ese momento, la escritura.

derno” para superar la guerra de todos contra todos se funda en el descubrimiento de los nexos vitales de lo social que gobiernan el “estado de naturaleza”.

Finalmente, y en buena medida derivado de lo anterior, para los clásicos, nuevamente representados por Aristóteles, en la vida política debía primar la actitud prudencial en función de sus rasgos cambiantes; para los modernos, en cambio, la política es una cuestión eminentemente técnica: baste pensar en que para Hobbes la construcción del estado político se reducía a la aplicación de adecuadas normas de paz, una vez conocidas las bases del comportamiento humano en el estado de naturaleza, o que para Maquiavelo la conquista o mantenimiento del poder descansaba en el manejo diestro –la virtud del “príncipe”- de las técnicas que lo reducían a una ecuación de coerción y consenso.

En síntesis, y siguiendo a Habermas, puede sostenerse que en la misma génesis del pensamiento político moderno está en germen la asimilación de la política a la técnica, lo que para nuestro objeto de análisis significa que ya en los orígenes del pensamiento moderno se encuentra instalada la concepción de la profesionalización de la política.

A continuación se presenta una apretada síntesis de los principales momentos de aquel proceso en la historia material.

Un *primer momento* se encuentra asociado al nacimiento del Estado moderno. Al respecto, Max Weber afirma que el Estado moderno se constituye cuando el “príncipe” logra expropiar prerrogativas a los poderes más o menos autónomos que subsistían a su alrededor, iniciando el proceso de centralización del poder político que caracteriza a aquél. Por otra parte, para Weber, el Estado se define como “...aquella comunidad humana que al interior de un determinado territorio reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima⁸” (Weber, 1984, p. 1056). Pero además del monopolio legítimo de la violencia, dos elementos más son sustanciales para que el Estado cobre una realidad efectiva: la presencia de un cuadro administrativo, es decir funcionarios que administren la dominación que implica la idea misma de Estado, y la existencia de medios materiales de administración, esto es instrumentos que permitan la conducción de la relación de dominio. Lo típico del Estado moderno, en la perspectiva weberiana, es que el cuadro administrativo se encuentra alienado respecto de los medios materiales de administración; es decir, los funcionarios no son poseedores de los medios con los cuales ejercen la administración. A su vez, el cuadro administrativo “...no se halla liga-

⁸ Recordar la significación de la legitimidad para Weber.

do a la obediencia frente al detentador del poder por...la sola representación de la legitimidad...sino además por otros dos medios que apelan al interés personal: retribución material y honor social” (Weber, 1984, p. 1058). Justamente, en el Estado moderno el lazo que liga al cuadro administrativo con los que ejercen la dominación se funda no en el honor social, sino en la obtención de medios de vida; es decir, en una retribución material bajo la forma de salario.

Pero no sólo las cuestiones enumeradas caracterizan al cuadro administrativo en el Estado moderno, sino también el hecho de que en aquél se corporizan saberes técnicos especializados que permiten la administración del Estado en sociedades complejas. En síntesis, el nacimiento del Estado moderno implica, con su burocracia asentada en la retribución material y en el manejo de un conocimiento técnico, un primer momento del proceso de profesionalización de la política.

Un *segundo momento* lo constituye la emergencia de la representación política y el surgimiento de los parlamentos modernos como instituciones permanentes. El parlamento hunde sus raíces en la edad media, pero sólo a partir de la modernidad termina de institucionalizarse como un poder estable del Estado, dando lugar al fenómeno de la representación política. En efecto, los parlamentos tenían como funciones básicas, al menos en un principio, limitar el poder monárquico y representar la diversidad de intereses de la sociedad civil en el Estado.

Con la institucionalización de la representación política comienzan a cristalizar corrientes de opinión de manera más o menos duradera, en el parlamento: las primeras formas de los partidos políticos. Inicialmente éstos son federaciones más o menos laxas de “notables” de cada una de las parroquias o comarcas. Con el transcurso del tiempo, esas corrientes conforman partidos políticos estables con una ideología definida. Es el surgimiento de la “clase política”; es decir, agrupamientos de personas que encuentran oportunidades de vida en el ejercicio de la representación política. Es el pasaje que describe Weber en *La política como profesión* y que, según su perspectiva, implica la transición de “vivir para la política” a “vivir de la política”.

La *tercera etapa* está representada por el surgimiento de los partidos de masas. El primer partido en constituirse como tal fue la socialdemocracia alemana, constitución que requirió una organización estable y extendida territorialmente. Para sostener la organización partidaria fue necesario que sus afiliados “cotizaran” de manera regular. Cabe destacar que por las funciones que cumplía el partido, éste ya no implicaba una organización que cobraba vida sólo en momentos electorales, sino que permanecía vigente

aún entre elecciones. La conjunción de los factores antes mencionados dio lugar al nacimiento de una burocracia partidaria permanente que trajo como consecuencia la escisión interna del partido entre los militantes de base y los cuadros políticos. Estos últimos obtendrán medios de vida de la actividad partidaria y pasarán a ser, de este modo, políticos profesionales.

Con el surgimiento del leninismo y la figura del revolucionario profesional, se abre un *cuarto período* del proceso de profesionalización de la política. Desde la perspectiva leninista, la revolución era el resultado de la articulación de condiciones objetivas y subjetivas: las primeras, dadas por el movimiento general de la economía; las segundas, producto de la acción del partido sobre la conciencia del proletariado. De esta manera, el partido debía formar revolucionarios profesionales que “agitaran” la movilización política de la clase obrera y que estuvieran capacitados en la toma del Estado. En este caso no se trataba de que el revolucionario obtuviera medios de vida de su actividad política, sino que la acción revolucionaria requería la formación de cuadros políticos especializados en la tarea.

Finalmente, un *último momento* del proceso presentado tiene lugar cuando la comunicación política se consolida como un campo profesional, lo que implica, como ya ha sido señalado, el desarrollo de saberes técnicos altamente especializados -y la obtención de medios de vida a partir de ofrecer servicios vinculados a ellos-, que tienen por fin la administración/ mediación del vínculo comunicacional entre actores políticos y ciudadanía.

4. Ni apocalípticos ni integrados: las implicancias de la profesionalización de la comunicación política en la política actual

La mediatización de la vida política y la adopción de moldes profesionalizados de comunicación política han provocado lecturas fuertemente opuestas.

Por un lado, puede mencionarse, a modo de ejemplo, la visión crítica de Giovanni Sartori. Según este autor, estamos frente a un cambio civilizatorio: el pasaje de una cultura escrita, representada por el homo sapiens, a una cultura audiovisual, encarnada por el homo videns. El reemplazo de la palabra por la imagen implicaría el empobrecimiento de la capacidad de abstracción y simbolización del hombre, reduciendo, así, sus competencias para la reflexión crítica. La videopolítica, por su parte, está transformando de manera duradera las formas de hacer política: la subsunción de la política al registro audiovisual reduce el componente racional argumentativo que la ha caracteriza-

do desde la modernidad y provoca su personalización y emotivización; asimismo, debilita a los partidos políticos haciendo que estos pierdan densidad organizativa y se tornen crecientemente superfluos frente a la movilización mediática de los votos. Así, Sartori presenta una visión apocalíptica: la política se degrada a consecuencia de la erosión de las posibilidades de la argumentación racional en la era del predominio de la imagen. Muchas interpretaciones negativas de la comunicación política profesionalizada tienen como sustrato una visión similar a la esgrimida por Sartori: el marketing político banaliza a la política, dado que los candidatos son “vendidos” en el mercado político como si fueran productos de consumo masivo, resaltando de ese modo sus virtudes personales, antes que los proyectos de construcción de una mejor sociedad que debieran encarnar. Así, la promesa de la política moderna de promover proyectos emancipatorios mediante el par conflicto/consenso “se desvanece” tras la pérdida de su dimensión deliberativa y su repliegue sobre los aspectos más frívolos de la competencia entre los candidatos/productos.

Por otro lado, puede reconocerse la existencia de una lectura “integrada” de la comunicación política. En este marco, Dominique Wolton sostiene que la comunicación política es la condición de funcionamiento del espacio público ensanchado, espacio público que caracteriza a las sociedades democráticas en la época de la centralidad de los massmedia; es más, la comunicación política, en lugar de erosionarla, es condición de posibilidad de la política misma en las sociedades de masas. En efecto, para Wolton, “La comunicación no ha digerido la política, pues es más bien la política lo que en la actualidad se representa en un estilo comunicacional” (Wolton, 1995, p. 35), lo que implica que el enfrentamiento que la caracteriza se realiza a través de la mediación comunicacional. Por tanto, la política no se vuelve “inocua” por canalizarse a través de la comunicación política, es decir no pierde por ello su carácter dramático. Una posición similar a la adoptada por Wolton se encuentra en aquellas lecturas que presentan una interpretación positiva de la comunicación política profesionalizada. Tales interpretaciones pueden ser rastreadas desde los trabajos pioneros de Paul Lazerfeld. Justamente este autor sostiene que la comunicación política de campaña cumple funciones importantes en el sistema político al activar el interés por la vida política de aquellos sujetos indiferentes a la misma, al reforzar el compromiso de quienes consideran importante la actividad política y al convertir a aquellos que se encuentran en un punto intermedio. Es decir, la comunicación política de campaña es considerada un elemento importante en la legitimación del sistema político (Crespo, 2003).

En la actualidad, los enfoques favorables a la comunicación política profesionalizada se reúnen en torno a dos argumentos centrales: en primer lugar, la comunicación política profesionalizada genera un flujo de información entre políticos y ciudadanos que permite a estos últimos contar con mayores elementos para fundar su opción electoral en una decisión consciente, y a los actores políticos, reflejar mejor los intereses y preocupaciones de la opinión pública; en segundo término, dado que la comunicación política profesionalizada transcurre preferentemente por los medios masivos de comunicación, posibilita una penetración capilar mayor de los debates políticos, contribuyendo, de este modo, a mejorar la calidad de la democracia.

Es posible seguir presentando argumentos a favor o en contra del fenómeno que se está analizando -por ejemplo, observar que la comunicación profesionalizada eleva la vara para la entrada al campo político debido a la cantidad de recursos que se necesitan para una campaña electoral (Gerstlé, 2005); o, por oposición, sostener que planificación comunicacional de campañas políticas permite dotar de mayor legitimidad a la cuadros dirigentes del Estado mediante una mayor publicidad del proceso de su selección-. Sin embargo, lo concreto es que la profesionalización de la comunicación es un fenómeno que ha llegado para quedarse. Frente a esa situación, quizá lo importante sea recordar que la comunicación es una dimensión constitutiva de la política -y que, por lo tanto, se haya unida a ella de manera inescindible-. Entonces, si la política pierde carácter sustantivo -esto es, pierde la capacidad de corporizar las tensiones y conflictos que recorren a toda sociedad- no se debe a la comunicación política, sino a la abdicación de la voluntad transformadora de algunos agentes del campo.

De todos modos, es innegable que, en la actualidad, cualquier proyecto emancipatorio demanda estrategias comunicacionales profesionalizadas, al menos en cuanto al saber técnico que necesita movilizar.

Bibliografía

- BOURDIEU, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo.
- BOURDIEU, P. Y WACQUANT, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- CRESPO, I. (ed.) (2003). *Partidos, medios de comunicación y electores. Los efectos de la campaña electoral de 2000 en España*. Buenos Aires: Grupo editorial Planeta.
- DURKHEIM, E. (1985). *La división del trabajo social. Vol. I y II*. Barcelona: Planeta Agostini

- GERSTLÉ, J. (2005). *La comunicación política*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- GRAMSCI, A. (1997). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- HABERMAS, J. (1997). *Teoría y praxis*. Barcelona: Taurus.
- MARX, K. Y ENGELS, F. (1984). *Manifiesto Comunista*. En Karl Marx y Friedrich Engels Obras Escogidas. Buenos Aires: Editorial Cartago.
- SARMIENTO, J.; PÉREZ DESTEFANO, L. Y CROCERI, M. (2007). *Comunicación y política: problemas y desafíos de la formación académica y de la investigación. Reflexiones en torno a una experiencia de cátedra*. Ponencia presentada en el IX Congreso REDCOM. Universidad Católica de Santiago del Estero, Santiago del Estero.
- SARTORI, G (1998). *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. Barcelona: Taurus.
- WEBER, M. (1980). *Ciencia y Política*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina
- (1984). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- WOLTON, D. (1995). “La comunicación política: la construcción de un modelo”, en Ferry, J. M.; Wolton, D. et al., *El Nuevo Espacio Público*. Barcelona: GEDISA.